

ral». Son lo que Mao denominó la «sangre revolucionaria nueva». Este numeroso grupo fue el que hizo pensar que el revolucionarismo de Mao había dominado el IX Congreso, pero la realidad ha sido que los nombres nuevos no han conseguido, hasta ahora, traspasar el anonimato ni influir sobre los grandes grupos de poder, el de los viejos mariscales de la revolución y el de los «moderados» de Chu En Lai, no tan «moderado» como se suele decir, porque generalmente se confunde una suave manera de proceder y negociar de viejo diplomático y universitario con un fondo inflexible de revolucionario sin marcha atrás. Sin embargo, se ignora lo que podría ocurrir con esta «sangre nueva» en un futuro sin Mao Se Tung. La estimación normal es la de que los mariscales conservadores y el grupo negociador de Chu En Lai iniciarían una transformación de la política interior y exterior de China. Es esa posibilidad sobre la que especulan tanto Moscú como Washington en los últimos meses y sus «aperturas» a China, sus ofertas de negociación, se dirigieron, sobre todo, a ese grupo.

Parecen descartar, quizá prematuramente, la persona de Lin Piao. Los estatutos nuevos del Partido le proclamaron sucesor oficial de Mao, y ese es su título actual. Lin Piao es el autor del prefacio al «Libro Rojo», quien lo distribuyó entre los tres millones de soldados del Ejército permanente y quien, a través de ellos, lo hizo llegar al pueblo, como medida «unificadora». Tiene sesenta años y era ya jefe militar durante la «Larga Marcha». Su hoja de servicios le proclama héroe. No sólo en la revolución, sino en la guerra de Corea, donde estuvo, en los primeros momentos, los ataques americanos. Luego, hay un misterio Lin Piao. Desaparece. Pasa dos años en Moscú y otros años no se sabe dónde. Se dice que en el hospital, y se dice que fue a Moscú para ser atendido por los médicos soviéticos. Nos encontramos de nuevo con las especulaciones, se dice que fue herido en 1938 y que las consecuencias de esa herida son incurables; se dice que está enfermo del pecho, se dice que sufre de la vista, hasta el punto de caer en la ceguera durante largos períodos. Lin Piao reapareció en 1954 como vicepresidente del Consejo de Defensa Nacional. En 1959 era ya jefe supremo del Ejército y ministro de Defensa Nacional. Se dice que desde 1961 a 1963 no se le vio en público, quizá por una recaída en su enfermedad. Pero en 1965 estaba ya a la derecha de Mao, después de haber realizado una reforma completa del Ejército y una politización de éste. Se sabe cuál era la doctrina de Lin Piao —y la de Mao Se Tung—: los militares estaban formando una «clase profesional», técnica, de forma que el Ejército se parecía a cualquier ejército del mundo, cuando el pensamiento revolucionario requiere que sea, sobre todo, un cuerpo revolucionario, popular sobre la base de que «el soldado debe moverse entre el pueblo como el pez en el agua». No es seguro que las reformas de Lin Piao y la distribución del «Libro Rojo» hayan conseguido, finalmente, esa reforma. Durante los períodos más difíciles de la «revolución cultural» el orden se ha mantenido en China gracias al Ejército. Pero es difícil saber si esta posición militar se debe a su conservadurismo o a su revolucionarismo. En los últimos años, Lin Piao y Mao Se Tung se confunden en una sola figura. No se sabe qué corresponde al pensamiento de uno y al de otro. Pero se sabe que Mao es el mito, el personaje deificado y que es brillante, atractivo, idolatrado, mientras se sabe también que Lin Piao es borroso, incoloro, habitante de la sombra que proyecta Mao, fiel al Presidente. Es un personaje sin gracia, sin carisma, un eterno segundo. Si llega el momento de ejercer la sucesión, ¿podrá desempeñarla? Su tenacidad, su tesón, su energía, ¿serán elementos suficientes para sostenerle en el poder? ¿Se lo permitirá su enfermedad? ¿Se conseguirá transferir a su figura el culto a la personalidad de Mao? La mayor parte de las respuestas que se dan hoy a estas preguntas son negativas y se presume que el sucesor no sucederá nunca o lo hará solamente durante el corto período necesario para que las otras fuerzas pacten entre sí o para que una de ellas predomine sobre las demás.



Oriente Medio

NASSER, EN EQUILIBRIO INESTABLE

Hay un «misterio Nasser», hay un misterio en Egipto. Nasser no ha hecho un viaje que tenía programado a Moscú, no asiste tampoco a la conferencia Panislámica de Rabat: se dice que está enfermo, que tiene una fuerte gripe. Pero, al mismo tiempo, Nasser destituye a los dos militares de más alta categoría del país, al jefe del Estado Mayor de las Fuerzas Armadas y al de la Marina. Desde Beirut se dice que los dos jefes militares eran «pro soviéticos» y se dice también que Ali Sabri —dirigente del Partido Único— lleva un mes en la cárcel, y que Ali Sabri era igualmente «pro soviético». Más aún, se añade que Nasser ha exigido a Moscú que cambie al Embajador soviético en El Cairo, Vinogradov, al que acusa de injerencia en los asuntos interiores del país. Con todas estas noticias se construye una hipótesis: en Egipto había un incipiente complot alentado por la URSS para derribar al «Rais» y organizar un nuevo régimen. Todas estas noticias, y su consecuencia hipotética, proceden de Beirut: es decir, de la capital más tendenciosa en su información sobre Egipto, de la zona que más interés tendría en ver modificada la política egipcia. El Cairo ha desmentido ya la «purga» de Sabri y la petición de retirada del embajador soviético y señala que las destituciones militares proceden de causas técnicas: es decir, porque no han podido evitar el «raid» israelí sobre el Canal de Suez en una terrible operación devastadora que ocurrió a poco más de cien kilómetros de El Cairo. Pero, indudablemente, al margen de las interpretaciones libanesas, algo ocurre en Egipto.

Muchos jefes militares y muchos políticos estiman que la «guerra de desgaste», que es la estrategia principal de Nasser contra Israel, no tiene sentido, porque no significa ni guerra ni paz y expone al país, y a los países árabes, a toda clase de represalias. Los guerrilleros palestinos del Frente de Liberación encuentran a Nasser demasiado blando. Los jefes de Estado de los países árabes consideran que su panarabismo es, en el fondo, un pan-nasserismo. La URSS teme que Nasser no haya aprendido la lección de la derrota en la «guerra de los seis días»; es decir, que el análisis soviético de aquella guerra perdida se centró en que Nasser, durante años, había eliminado de la política los elementos más revolucionarios y más activos del país y que por eso su fuerza frente a Israel fue nula; parecen creer que Nasser ha seguido practicando la misma política y ha fallado su «revolución interior». Las sucesivas renovaciones de mandos en el Ejército y en los equipos políticos no ha logrado hasta ahora la inyección de «sangre joven» a la que se alude en esta última modificación. En realidad, el problema de Egipto es el problema del nasserismo: el jefe de la revolución que derribó —con Naguib— la monarquía y terminó con el colonialismo inglés fue luego terriblemente vulnerado por la guerra de los seis días y, lo que es peor, por una postguerra en la que no se ha conseguido la reacción de unidad árabe ni una forma cualquiera de contraofensiva frente a Israel. Es posible que su tiempo esté ya contado.

USA, HACIA LA DEMOCRACIA

Un paso positivo en la reforma electoral

Los ciudadanos norteamericanos de 1972 deben ser menos ignorantes que los de hace dos siglos y, por consiguiente, pueden tener participación directa en la elección de su presidente. Es un paso lento de los Estados Unidos hacia la democracia. En 1787 se decidió que la elección presidencial debía hacerse mediante compromisarios (Colegio Electoral), dado que el ciudadano medio era demasiado ignorante para discernir a su conveniencia y necesitaba la mediación de hombres preparados, prudentes e inteligentes. Desde entonces se ha procedido de la misma manera y, gene-

ralmente, de una manera poco satisfactoria. Las últimas elecciones dieron la victoria a Nixon sobre Humphrey —tras el asesinato de Robert Kennedy, tras la descalificación política de Eugene McCarthy, tras la irrupción considerable del neofascismo de George Wallace— fueron prácticamente una denuncia del sistema que permitía a los dos grandes partidos en presencia y a las «fuerzas oscuras» de presión dirigir las elecciones hacia sus propios fines. Se comenzó a hablar entonces de una reforma electoral, y esa reforma acaba de ser